

## VII

Hacia fines de Julio, después de un día de calor sofocante, la señora Brécart tomaba el fresco en su hermoso saloncito: Pablo asistía á una comida de etiqueta, debiendo regresar tarde á su casa. Bebé dormía en la salita próxima, cuya puerta á medio abrir, dejaba escapar la débil luz de una lamparilla, y Clara había hecho retirar la del salón, pues las luces de la plaza del Chatelet bastaban para alumbrar la habitación.

La joven, sentada cerca de la ventana, gozaba de las delicias de aquella noche hermosa: cuando no se tiene al lado al esposo querido, saber que regresará pronto es una cosa agradable; al menos, así pensaba la señora Brécart. La soledad que algunos encuentran odiosa, tiene para los seres felices un encanto particular: lo mismo que el avaro que se encierra para contar su tesoro, algunas veces también es agradable quedarse á solas para recordar todas las alegrías, para dar en nuestro fuero interno gracias á la suerte. Esto es lo que hacía Clara. Sentada en un sillón mirando con vaguedad hacia un ángulo de la plaza, viendo la sombra de los árboles, iba recordando su vida, llena de satisfacciones y de tranquilas alegrías.

Durante los días del noviazgo, bajo la mirada pru-

dente y sagaz de su madre, había aprendido á tener paciencia, veinte años de matrimonio enseñaron á la señora Laugé que las ideas de su marido era difícil hacérselas cambiar: el recuerdo de aquella época era uno de los que Clara evocaba con más gusto. Después llegaron las alegrías del amor triunfante, el día en que Pablo le confesó su pasión, la tranquila gravedad de los primeros días de su matrimonio; luego las emociones de la joven que ocupa en la vida una posición definitiva, que tiene un compañero y un amigo, que se acostumbra, guardando el esposo la debida consideración, á tratarle con alegre familiaridad; luego la maternidad, que á Clara produjo la impresión de una corona sobre su frente, como si fuese la consagración de sus deberes, de sus virtudes de esposa... todo esto era muy dulce, muy serio, casi grave, y Clara colocó sus manos unidas, sobre su pecho emocionado, como para estrechar en dulce abrazo al esposo querido y al niño que dormía en la cuna.

En aquel instante se oyó un fuerte campanillazo y la joven se levantó sobresaltada.

—¡Pablo!—se dijo asustada.—¡Pero si él no llama así!

Corrió hacia la puerta del salón, viendo entrar una forma femenil.

—Soy yo, Camila—dijo la recién llegada en alta voz y con entonación de desdén.—¿Te molesto?

—Estoy sola—repuso Clara sintiendo que el corazón se le oprimía.

Aquella voz, aquella presencia, venía á romper el encanto de sus recuerdos; después de su silencio y reco-

gimiento, le parecía entrar en una sala alumbrada con esplendidez, y esto le hacía daño.

Volvió al lado de la ventana, y maquinalmente ofreció una silla á la joven, que se dejó caer en ella con indiferencia.

—Estás sola y sin leer. ¡vamos, un poco de poesía!—dijo Camila con entonación irónica.—¡Siempre fuiste algo poética!

—No sé si el estar á obscuras es poesía—repuso Clara, no sin esfuerzo, pues aun estaba mal despierta de su sueño—pero me encuentro muy bien así, la semiobscuridad me agrada á la vista...

—¿Y tu marido?—preguntó Camila con fingida indiferencia.

—Come fuera.

—Si te estorbo, dímelo; ya sabes que uno de mis deseos en este mundo es el de no estorbar nunca á nadie.

—Tú no puedes estorbarme, pues estaba sola y, como dice Calínez, ocupada en no hacer nada—dijo Clara, esforzándose en ser amable, á pesar de la gran laxitud que de repente se apoderó de ella.

—Entonces me quedo. Tal vez te admire mi presencia á estas horas ¿verdad?

—En efecto... ¿Qué hora es?

—Cerca de las nueve y media. Mis tíos deben estar ya acostados; pero yo no tengo sueño y he venido á verte.

—Muchas gracias. Pero ¿por qué sales á estas horas?

—Me ahogaba en mi habitación y creía que el fresco de la noche me sentaría muy bien. Desde hace algunos

días he tomado la costumbre de pasearme todas las noches.

—¿Y cuándo llueve?

—Cojo el paraguas.

—Y tus tíos ¿qué dicen?

—No se lo he preguntado; creo que en un principio les desagradaba, pero ahora se han acostumbrado.

Clara pensó que nadie se acostumbra á la idea de que un ser querido, del cual somos responsables, recorre sola y de noche las calles, sobre todo tratándose de una joven de reconocida belleza; pero no dijo nada.

—Es para volverse loca, eso de permanecer encerrada como una ardilla día y noche, siempre en el mismo cajón, sin reposo ni tregua. Mis paseos me hacen cambiar de ideas. Estoy encantada con este descubrimiento.

Clara siguió sin responder, le parecía ver factible el cambio de ideas sin salir sola y de noche. En una ocasión tuvo necesidad de salir sola una noche: fué algunos años antes; la criada estaba enferma, su esposo bastante delicado, y tuvo que ir á llevar un trabajo que corría mucha prisa, y lo hizo para no comprometer en un ápice la reputación de exacto que tenía Pablo Brécart, y que nunca desmintió; se puso una capa y un capuchón y á pesar de las súplicas de su marido, fué á depositar el precioso manuscrito á la caja para recibir cartas, que en provincias suelen tener todas las casas.

Aquel paseo en la pequeña población de San Martín, en donde nada tenía que temer, le dejó sensibles recuerdos. El encuentro de algunos hombres, le causó menos espanto que el de dos mujeres que hablaban alto y refan á carcajadas en medio de la calle. Se avergonzó

tanto como si fuese una culpable; evitando la luz de los faroles regresó en seguida á su casa, satisfecha de haber hecho una cosa útil, y humillada al pensar en las villanías que cubre la noche con su enorme manto. Ante tales recuerdos, la manía noctambula de Camila le parecía menos explicable que cualquiera otra.

—¿En qué piensas?—le preguntó Camila de pronto.

—Te escucho—replicó la joven enderezándose en el sillón.

—¡Y bien! ¿qué dices?

—Yo no digo nada; cada cual procede según sus gustos... Por mi parte no me gusta salir sin mi marido, de noche mucho menos.

—¡Ah, querida mía; no todas pueden tener marido! Cada uno hace lo que puede—respondió Camila con una risita seca y nerviosa.—¿Qué hace el tuyo?

—Come fuera de casa—respondió Clara sintiéndose invadida por una especie de malestar. Aquella entonación resuelta, aquellos modales libres le desagradaban, molestándola infinito, sin saberse explicar el por qué.

—¿Lo hace con frecuencia?

—Casi nunca; es una comida de amigos y hay entre ellos camaradas á los que nada se puede negar. Creerían que uno quiere separarse de ellos.

—Siempre se puede rechazar aquello que no nos agrada—replicó Camila con sequedad.

—No soy de ese parecer—respondió la joven defendiendo á su esposo contra una insinuación que no quería ni podía comprender.—Cuando se es más rico ó más influyente que antes, no se puede negar nada á los ami-

gos que nos conocieron en una posición muy mediana; parecería que uno les vuelve la espalda..

—¡Bah! amiga mía, á los hombres siempre les parece bien hallar pretextos para pasar un día alegremente... En el fondo les agrada no comer en su casa; esta es la verdad.

Camila se puso á reir de un modo seco, y en seguida sintió un violento acceso de tos. Llevó el pañuelo á la boca, reclinóse sobre el respaldo del asiento y quedó callada un instante.

—¿Toses mucho? le preguntó Clara con interés, sintiéndose inquieta y comprendiendo al fin que algo de anormal ocurría en el espíritu de su amiga.—¿Te ocurre eso con frecuencia?

—Sí, con mucha frecuencia.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde dos ó tres meses.

—No deberías salir de noche hasta que te curases el resfriado.

—No es resfriado.

—Pues ¿qué es?—preguntó Clara con ansiedad, acordándose de pronto de ciertos rumores que circulaban por San Martín de las Minas.

Camila guardó silencio un instante é impulsada por un extraño presentimiento, repuso:

—Mi madre murió á los veintiséis años, después de haber tosido algunos meses, yo ya tengo veinticinco años cumplidos; esto es todo.

Clara se estremeció; en efecto, entre sus recuerdos de la infancia, uno de los más vivos era la entrada de Camila en casa de sus padres, mientras enterraban á su

madre. Aquella carita pálida, con ojos grandes, ojerosos, las manos cruzadas sobre el traje negro, le habían causado dolorosa impresión. La niña fué creciendo, y su aspecto enfermizo pareció desaparecer.

—¿Has visto á algún médico?—le preguntó en voz baja, colocando con familiaridad una mano sobre el hombro de su amiga. La evocación de aquel recuerdo hacía que ahora la quisiese cien veces más. En aquel instante la amaba tanto como en los mejores días de su amistad infantil, y, además, el nuevo temor le inspiraba enorme ternura. Camila movió la cabeza riéndose, á pesar suyo, con nerviosidad. Clara retiró la mano.

—Mis tíos me han hecho auscultar por un médico viejo.

—¿Y qué?

—¡Pues, nada! ¿Es que acaso entienden algo esos señores?

En seguida la acometió un nuevo acceso de tos, esta vez le duró más tiempo, dejándola muy débil. Clara notó entonces que el afán de su amiga de pasearse de noche podía producirle un acceso de fiebre; oprimió con suavidad la muñeca de su amiga, la piel estaba seca y ardiente, la arteria latía con rapidez y con movimientos convulsivos. Tuvo miedo.

—¡Camila, estás muy enferma!—le dijo.

—Es la parte moral la que está enferma—repuso la joven—no hablemos de esto. Hablemos de ti. Nunca nos encontramos solas y no podemos conversar... Refiéreme algo de tu casamiento; en el fondo yo no he sabido cómo fué.

Con alguna desconfianza, en un principio, pues Cla-

ra temía herir las múltiples susceptibilidades de su amiga, después, con más abandono, á medida que iba penetrando en los detalles de aquel tiempo feliz, que le agradaba recordar, como vuelve á leerse un libro agradable, fué refiriendo la historia de aquel amor tan sencillo como honesto. Cómo la amó Brécart, sin saber por qué; tal vez porque adoraba á su madre: porque hacía muy buenos dulces—decía la joven sonriéndose—el modo como se lo dejó entrever, un día que estaban solos y que él empezó á hablarle, corriendo ella en busca de su madre que los dejó juntos para ir á una habitación inmediata... Cómo fué la señora Laugé quien oyó la declaración del ingeniero, aconsejándole que por el pronto guardase silencio y no le dijese nada á su esposo, que era muy bueno, pero que se parecía mucho á José Prudhomme, y que irremisiblemente quería á su hija para un funcionario que estuviese condecorado. Siendo condición precisa que ambas cosas lo fuesen del gobierno: una sola no era suficiente...

—¿Y bien?—preguntó Camila que escuchaba reteniendo la respiración.

—Pues bien; todo aquello duró diez y ocho meses; poco á poco, mamá fué inspirando á papá la idea de tener un yerno que no fuese condecorado, ni tampoco funcionario; en seguida, hubo sus alternativas: días en que papá parecía consentir, otros en que sufriendo los ataques de gota, era más intratable que nunca. Con el corazón dolorido yo oía estas discusiones en silencio. Felizmente, por las noches nos era fácil vernos en un sitio ú otro.

—¿Pero en aquella época no os hablabais nunca?—preguntó Camila.

—¡Ay no! ¡Pero nos mirábamos! Un día, papá sintiéndose vencido, exclamó:

—¡Si al menos pudiese encontrar un yerno como Pablo Brécart! ¡He aquí uno que hará carrera, será funcionario y condecorado! Yo estuve para saltar á su cuello y decirle: ¡Yo le adoro! Mamá me hizo una seña y me mandó que fuese á arreglar la ropa. Aquella noche no pude dormir; me parecía que antes de veinticuatro horas estaríamos casados. Al día siguiente la cosa cambió, papá había tenido un ataque de reuma en la rodilla izquierda, aquel yerno ya no le agradaba por completo. ¡Mi madre fué la que tuvo que armarse de paciencia! ¡Pobre mamá! Y todo eso para verse un día cobardeamente abandonada por los mismos á quienes ella casó!

Clara á la vez que se refa se enjugó una lágrima, pero la voz de Camila la sacó de su recuerdo.

—Era en aquella época cuando Pablo hacía el amor á todas las jóvenes...

—Incluso á mí—interrumpió Camila.

Un recuerdo importuno cruzó por la imaginación de la señora Brécart; pero en seguida se desvaneció.

—Incluso á tí, naturalmente—repuso Camila, lo contrario no hubiese sido justo.

Y he aquí que un día un funcionario condecorado hizo á mi padre no sé qué tontería.—¡Nunca un hombre de esta clase será mi yerno!—exclamó.—Mamá, como dice mi esposo, asíó la ocasión; había preparado muy bien el terreno y sus palabras no fueron perdidas; ocho días después mi esposo hacía su petición del modo más fino y formal que puedes imaginarte, lo mismo que si trazase una figura geométrica, y mi padre, después de

haberme consultado con la mayor gravedad del mundo, le concedió mi mano. Justo es decirlo: en aquel intervalo Pablo fué funcionario; pero aun está sin condecorar.

—¿Y después?—preguntó Camila.

—¡Después, nos casamos!—repuso Clara.

—¡Cuéntame eso!

—Eso no se cuenta—replicó la joven sonriéndose.—Apenas me acuerdo de nada. Yo llevaba un traje blanco, la portezuela del coche se cerró cogiéndome la cola, de manera que fué necesario abrir las dos para que yo pudiese salir, parece que la boda se hizo con mucho lujo... Durante la misa cantó un tenor, aficionado, con voz de fasete; después almorzamos, se comió y se cenó... Ya sabes lo que se puede comer en San Martín sin morir de indigestión; yo no comí nada, estaba muy contenta.

—¿Y tu marido?

—No decía nada, de vez en cuando sentía la manga de su levita rozar mi velo. Cuando me dió la mano á través del guante sentí que estaba fría. Creo que nuestro aspecto era muy estúpido, al menos así lo supongo.

—¿Y después?

—¿Después? Resulta muy extraño tener una casa propia, llevar las llaves en el bolsillo, cuidar la ropa, creo que los ocho primeros días las cambiaba de posición una vez por la mañana y otra por la tarde; para lograr un efecto más hermoso: luego iba á la cocina para probar las salsas, y lo hacía tantas veces que al ponerlas en la mesa ya no quedaba nada. Pero creo que no lo hacía yo sola, para algo estaba la criada; cambié

de criada y entonces quedó salsa, á pesar de probarla yo repetidas veces.

—Y tu esposo, ¿qué decía?

—¡Se conformaba con todo! ¡Siempre ha estado contento! Es el hombre mejor que hay en el mundo.

Aun hubiese querido Camila seguir preguntando; pero no sabía cómo hacerlo. Absorbía con voluptuosidad el veneno que desde hacía dos meses le abrasaba: en un principio luchó consigo misma; pero después creyó tener una calma engañadora. La presencia de Pablo no la agitaba menos que su ausencia; esto que lo había considerado como una prueba de indiferencia, no era más que una frialdad fingida, puesto que ella no vivía más que para él, de su recuerdo, del eco de su voz. Iba á casa de Clara, y Pablo estaba ausente, no lo sentía, tal vez le agradaba más no encontrarle; prefiriendo interrogar á su mujer, tocar mil objetos que le pertenecían, respirar aquel olor particular á cada vivienda; olor que no encontraba en otra parte, que á los perros y á los ciegos señala la presencia de un individuo determinado. El perfume suave que Clara se ponía en sí y en las ropas, mezclado con agua de colonia, era el característico de Pablo; Camila lo aspiraba con delicia, haciéndose prestar libros, que no leía, solamente por tener este olor en su gabinete de trabajo, que la sumía en una embriaguez sólo comparable á la del opio.

No amaba á Pablo, puesto que en su presencia no sentía latirle el corazón ni sonrojarsele el rostro; durante ocho días creyó amarle, después una pasión irresistible se despertó en su alma, al verle una noche en su gabinete de trabajo, de pie bajo la luz de la lámpara,

con la corbata deshecha y el cuello desabrochado. Un torrente de dolor y gran angustia oprimió su garganta; sintió deseos de caer en tierra, á sus plantas, y sentir el pie de aquel hombre magullar su cuerpo; feliz de morir de aquel modo, puesto que no le era dado vivir para él.

Aquel minuto de locura dejó á Camila muy humillada: le amaba á pesar de todo, después de haber creído que nunca se ocuparía de él. Entonces transigió con su conciencia, y su orgullo la impulsó á tender una tabla de salvación.

¡Pero Pablo nunca sabría que ella le amaba! Conocía el deber cuya severidad había regulado siempre su vida. Su deber era dejarle á Clara el esposo, que Dios y los hombres le habían dado. Además, ¡qué importaba á aquella virgen orgullosa lo que los hombres llaman amor y que á ella le parecía una cosa despreciable y vulgar! Lo que quería de él era su estimación, su amistad completa.

Verdad es que Clara tenía virtudes; pero eran muy materiales. Le gustaba comer bien, los muebles buenos, los trajes elegantes; se ocupaba del arreglo de la casa y del niño. Eran cuidados que Camila le dejaba; pero al lado de estos detalles de la vida había sitio para otras cosas: Pablo merecía tener una amiga que le comprendiese, que elevara su alma hacia las regiones de lo ideal, que Clara se empeñaba en arrastrar sobre la tierra. Sí, había algo más elevado que el amor conyugal, siempre mezclado con un poco de arcilla, había una amistad tranquila, ideal, casi santa... Esto era lo que Camila podía ofrecer á Pablo Brécart sin quitarle nada á su mujer.

Ante este sofisma se detuvo el pensamiento de la joven, adornando con nombres hermosos la pasión que sentía por el marido de otra. A partir de aquel momento cesaron las vacilaciones, los remordimientos; ella haría lo que Clara dejaba de hacer y nada tendría que reclamarle, pues con su amistad daba á Pablo lo que ella no le podía dar.

Desde entonces aceptó el ofrecimiento de la señora Brécart para visitar su casa tantas veces como quisiera, con la mayor frecuencia posible. Iba dos ó tres veces por semana, durante el día á las horas de comer, en las que tenía seguridad de encontrar á Pablo en su casa. Asistía al almuerzo sin participar de él; conversaba con los esposos, con preferencia con el marido; pues la esposa se ocupaba en dar de comer á su hijo, en vigilar el servicio, no prestando á sus palabras más que una atención distraída.

Al cabo de algunas semanas ya no se la anunciaba; entraba y salía como si fuese alguien de la casa. Pablo y su esposa se habían acostumbrado á su manera de ser; solamente el niño no quería nada con ella; por instinto detestaba á Camila; cuando ella estaba presente no decía una palabra; si Bebé detestaba á Camila, Camila lo detestaba mucho más á él. ¡Odiar á un inocente! Así era: odiaba al niño, á aquel fruto de la carne, á aquella prueba irrecusable del amor de los esposos. Sin él hubiera podido pensar en la existencia que llevaban uno al lado de otro; era la de hermano y hermana, pero no la de amantes; en este caso su imaginación de soltera le hubiese evitado una tortura de que en vano quería librarse. Odiaba al niño, como odiaba la alcoba de Clara y el

lecho con las dos almohadas. Podía soportar que Pablo tutease á su esposa, pues que ella también la tuteaba; perdonarle que la abrazase delante de ella, pues Clara abrazaba algunas veces á su amiga; pero la presencia del niño le era insoportable por completo.

También Bebé se ponía serio tan pronto como la veía; si hubiese podido hablar hubiera dicho muchas cosas; pero su lenguaje no estaba á la altura de sus sentimientos, se contentaba con obstinarse en no recibir los besos de Camila y ésta dejó muy pronto de ofrecérselos.

Clara nada veía; encontró siempre á su amiga *original*, y por parte de ella no había excentricidad que la admirase, puesto que desde la infancia conocía su carácter. Camila la reñía siempre en aquella época, le arreglaba sus encajes arrugados en baile, la sermoneaba sobre la necesidad de poner las cosas en orden; sermones inútiles, pues Clara era tan cuidadosa ó más que su amiga, aunque menos exagerada y menos desagradable para su prójimo; á pesar de todo esto, Camila no dejaba de predicar á Clara sobre el deber, la abnegación y el desprecio á las cosas de este mundo. Tantas reprimendas, filípicas y sermones habían acostumbrado á la señora Brécart, cuando no era más que la señorita Laugé, á bajar la cabeza ante su amiga, casi lo mismo que cuando llueve, para no recibir el agua en pleno rostro. Así es, que sin esfuerzo, adquirió la costumbre de verse siempre criticada. Ahora poco importaban á aquella mujer tan feliz las represiones de una amiga que era menos afortunada que ella.

Tampoco se preocupó de la forma en que Camila se

dirigía á su esposo haciendo apenas caso de ella. Su alma tranquila, ignoraba los celos y sus mezquinas inquietudes; además, preocupada con la idea de que su amiga acabaría por casarse con Mirmont, no perdía ocasión para hacer que se encontrasen, y su atención se reconcentraba únicamente sobre este punto.

Hay personas que se introducen en las casas sin saber por qué, y que se arraigan sin que sea posible explicarse cómo. Gustavo Mirmont fué á comer á casa de Brécart, con la familia Frogé; nada más natural, puesto que había sido invitado. Ocho días después hizo una visita de cortesía. Luego volvió trayendo un palco del ministerio para el Teatro Francés, en el que se representaba un drama en verso, que fué muy aplaudido. La señora Brécart le aceptó con gratitud, á la vez que pensaba que aquello era un medio hábil de Mirmont para encontrarse con Camila. Con este motivo invitó á su amiga al teatro, rogando á Mirmont que fuese á verlas al palco. Camila aceptó la invitación, puesto que no era domingo; todo lo más que se permitía en este día era un poco de música sagrada; pero sus principios no le impedían gozar de la presencia de Pablo Brécart, ni aun en domingo, pues era el día que elegía para hacerle las visitas más largas; justo es también decir que durante la semana sus ocupaciones apenas la dejaban tiempo.

Mirmont se presentó en el palco, pasando en él cerca de una hora, y, aunque parece extraño é increíble, adquirió la convicción de que Camila amaba á Pablo Brécart, á la vez que sentía crecer su pasión hacia ella. Aquella joven que adoraba á un hombre casado, le pa-



recía una cosa exquisita é inabordable, y la dificultad de vencer redoblabá su pasión.

Sin embargo, tenía el convencimiento de que á pesar de sus rarezas, la conducta de Camila era irreprochable; esta convicción empezó por desagradarle, pues no era una esposa lo que buscaba; poco á poco le fué siendo más querida á medida que sentía mayor estimación por la joven. Al cabo de dos meses llegó á admirar con sinceridad la pasión que se reflejaba en los ojos de Camila, y que hacía que sus mejillas estuvieran sonrosadas por consunción, sin que la menor queja descubriese sus sentimientos.

La admiraba como á una hermosa obra de arte, y al mismo tiempo una rabia sorda por no ser él el amado le roía el corazón; cuando los celos le asaltaban, cosa que le ocurría con frecuencia, iba á ver á la señora Brécart. La tranquilidad de aquella casa, la cordial acogida que le dispensaban, después de haber sufrido los desdenes y genialidades de Camila, le producía el mismo efecto que si entrase en un paraíso. En aquel ambiente de amor y felicidad conocía que se deleitaba, y de estar su espíritu menos corrompido, se hubiese hecho mejor bajo la influencia de aquella mujer agradable y buena. Pero como en la composición de Gustavo entraba más arcilla que oro, no perdía ocasión de molestar á Camila, aparentando hacer la corte á Clara. Esta se preocupaba poco de aquellas amabilidades y fingía que le agradaban á fin de empujar á Camila hacia su adorador, gracias al espíritu de contradicción que suele ser el adorno más hermoso de nuestra débil humanidad.

Pablo, desde que en torno suyo se desarrollaba aque-

lla serie de pequeñas intrigas, había perdido la hermosa calma que antes le caracterizaba; más conocedor del mundo que su mujer, sentía en aquella atmósfera algo febril y mal sano, sin saber á qué atribuirlo. Notaba que Mirmont venía con frecuencia; que su esposa le recibía bien; que su casa ya no era la misma, que Bebé estaba con frecuencia serio, no comprendiendo que esto fuese siempre en presencia de Camila; y además, un hombre de treinta y cinco años no sortea impunemente una pasión como aquella, reflejada en las reprimidas miradas, en los ademanes de la joven, en su voz, en el apretón de manos que le daba al despedirse. Cuando esto sucedía, al suave contacto de aquella carne ardiente y nerviosa, sentía algo muy tierno y dulce, aunque él lo calificase de duro y agrio, y que tomaba por compasión, preguntándose el por qué de aquella piedad.

Sin saber la causa, empezó á regresar á su casa á horas inesperadas; todo lo hallaba como antes, nada había cambiado. Clara estaba tan sonriente, tan tranquila, como de costumbre. La joven se contentaba con hacerle observar, que si sin previo aviso le hacía cambiar las horas de la comida, la criada no podía tenerla á punto. Al siguiente día Pablo se incomodó con la criada porque las cosas no estaban á tiempo, y la puso en la calle. Esto sucedió dos ó tres veces seguidas. A partir de esto la casualidad quiso que Clara tuviese una serie de criadas á cual peor.

Camila, que despreciaba los auxilios de los criados, contentándose con servirse á sí misma, tomó la costumbre de preguntar á su amiga cada vez que iba á verla, si aun tenía la misma criada. Clara consideraba la pre-

gunta como una broma, pero á Pablo le molestaba.

—Te vuelves ridícula con tantos cambios—dijo un día á su esposa.

Clara podía responderle que de siete ú ocho criadas él había despedido la mitad, sin darle tiempo á que buscase otra; pero sabía que no era nunca conveniente provocar discusiones, cuando con ellas no han de remediarse las cosas; tomó la resolución de convertirse en cocinera y de hacerlo todo, y Pablo tuvo la satisfacción de ver la misma cara durante más de ocho días.

—¡Calla! ¿aun tienes la misma criada? esto me sorprende, me había acostumbrado á ver á cada visita un semblante nuevo—dijo Camila.

Pablo miró á su mujer que se sonreía y un gran remordimiento asaltó su corazón. ¿Era porque aquella cabeza loca se había burlado de su mujer dirigiéndole una censura inmerecida? Comprendió su injusticia y tuvo vergüenza de ella. Volvió entonces su mirada hacia Camila y vió en sus lucientes ojos centellar la flecha que aun se agitaba en ellos.

—Se hace lo que se puede y no lo que se quiere, señorita—repuso no sin cierto esfuerzo para sonreír;—encuéntrenos usted criadas que eleven á la categoría de principio el cumplimiento de su obligación, y dejaremos de cambiarlas. Por mi parte, renuncio á ello, pues nunca he encontrado ninguna.

Camila le miró con el corazón dolorido, á pesar suyo, y aquella mirada emocionó á Pablo; parecía decirle con mucha claridad:

—¡Puedes fustigarme tanto como quieras; en contra tuya estoy indefensa por completo!

Avergonzado de su vivacidad, descontento de sí mismo, se separó de las mujeres. Clara se sintió un poco contrariada, pero su alma tranquila no dió á aquel incidente ninguna importancia, considerándole como una de esas mil pequeñeces desagradables de las que está llena nuestra vida.

Sin embargo, preciso le era convenir que aquellas pequeñeces ocurrían ahora con mucha más frecuencia que antes, y que esto databa de la fecha en que Camila entró en su casa; he aquí por que no la acogía con tanta cordialidad como antes; pero al pensar que su amiga estaba enferma, amenazada de una muerte tan prematura como la de su madre, sus agravios se desvanecieron de repente, y con su buen corazón no pensaba más que en la manera de socorrer á la joven.

Mientras hacía el panegírico de su esposo, Pablo volvió á entrar; creyendo á Clara sola en el salón, se acercó á la ventana, y en la semiobscuridad producida por la luz que penetraba de la plaza, se inclinó sobre la mujer que veía sentada en el sillón para abrazarla, como siempre lo hacía con su esposa al regresar á casa.

Camila sintió que la invadía un estremecimiento delicioso y mortal ante aquella aproximación; debía hablar y su voz hubiese indicado á Pablo el error que cometía; pero no tuvo fuerzas. Hubo un instante en que la sedosa barba del ingeniero rozó los cabellos de la joven.

—Pablo, te equivocas, es Camila, yo estoy aquí—exclamó Clara; y su mano atrajo al joven hacia ella, que depositó un beso en su frente; después se disculpó con Camila.

—Me voy—dijo ésta levantándose súbitamente.

—No te irás sola—repuso Clara acordándose de que su amiga estaba enferma.

—Estoy acostumbrada.

—Señorita, yo le acompañaré—dijo Pablo dirigiéndose hacia la puerta.

—Por mí, no se tome usted ese trabajo—dijo Camila.

—¡Sí, sí Pablo, acompáñala!—exclamó Clara.

Mientras que la joven se ponía el sombrero, la señora Brécart dijo al oído de su esposo:

—Está muy enferma, su madre murió joven y le ocurre lo mismo que á ella... Hazle hablar, confíesala; hay que salvarla.

Acompañó á su esposo hasta la puerta, y segundos después Camila y el ingeniero bajaban la escalera.

Al quedarse sola, Clara volvió al lado de su hijo que dormía con profundo sueño. Le miró algunos instantes silenciosa, casi triste, y una lágrima brotó de sus ojos rodando sobre la cuna.

—Pobre niño—se dijo—¡si te quedases huérfano como ella! ¡Ah, hijo querido, que no sepas nunca lo que es crecer sin madre!

Una segunda lágrima siguió á la primera, yendo á caer sobre la cerrada manecica del niño, que se despertó exclamando:

—¡Mamá!

—Duerme, angel mío—repuso Clara con dulzura—mamá está á tu lado.

El niño volvió á dormirse y Clara cesó de llorar.

## VIII

Pablo había ofrecido su brazo á Camila y juntos caminaban á lo largo del muelle; la alegría del domingo casi había cesado, y París dormía en espera de que la salida de los teatros la volviese á despertar. Sorprendido por lo que su esposa le dijo; emocionado por un interés repentino, tal vez más vivo por ver aquella hermosa joven amenazada por próxima muerte, no sabía qué decirle; las preguntas se detenían en sus labios. Un acceso de tos le dió la ocasión que buscaba.

—Usted está gravemente enferma—dijo con dulzura.

—¡Qué importa!—repuso Camila acelerando el paso.

Se detuvo apretándole el brazo, obligándole á marchar con más lentitud.

—Importa mucho; usted es joven, la vida empieza ahora, es necesario conservarla.

—¡Para lo que vale!—repuso Camila sonriendo con amargura.

—La vida es una cosa buena, y'es preciso quererla para que ella nos quiera—replicó Pablo con la convicción del hombre á quien la suerte le es favorable.

—Eso no siempre suele resultar verdad—dijo Camila.

Había en esta contestación tanta amargura, tanta